

### Suscripción:

En Murcia,  
50 cts. al mes  
Provincias,  
8 reales tri-  
mestre.  
Pago adelan-  
tado.

# LA JUVENTUD LITERARIA

Se publica los Jueves y Domingos.

### Anuncios.

Se reciben  
en la Admi-  
nistración de  
este periódico  
Comunica-  
dos, a precios  
módicos.

Año II.

Murcia 23 de Mayo de 1889.

Núm. 43.

Anuncio-tarjeta y periódico 4  
reales al mes.  
Número suelto 10 céntimos.

Redaccion y Administracion  
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-  
tores.  
La correspondencia al director.

## Fonda Universal

Situada: plaza de S. Bartolome  
bajo la direccion de  
DON FELIX CABEZOS

Este acreditado establecimien-  
to montado al estilo de los de Ma-  
drid, está siendo cada dia más  
favorecido por el público, merced  
á la actividad y celo que desplega  
su propietario D. Felix Cabezos, á  
quien secunda su servidumbre y  
el entendido jefe de cocina que pro-  
cura ofrecer á los viajeros esquisi-  
tos manjares confeccionados con  
especial limpieza y novedad.

## EL MADRILEÑO.

Trapería FRENTE á la TAHONA

En este obrador de sastrería se con-  
feccionan trajes para la próxima tem-  
porada á los siguientes precios:

Trajes de lana desde 10 pesetas en  
adelante. Idem de hilo y algodón desde 6.  
Se garantiza la confeccion.

## La Juventud Literaria.

### LOS QUEVEDOS

El personaje de que hoy nos ocu-  
pamos ha sido llamado por el siglo  
XIX á ocupar un alto lugar en su  
civilización. No hay ser humano con  
pretensiones de algo que no lleve  
un vidrio delante de cada ojo y una  
barrita de oro cabalgando sobre la  
nariz. Los sabios del siglo de los  
fósforos no pueden ser chatos. Y,  
prescindiendo de que los sabios de  
la antigüedad eran unos pobres  
hombres cuando no usaron queve-  
dos, vamos á ocuparnos de este in-  
vento, no como objeto óptico, sino  
desde que pasó á ser enteramente  
romántico.

Que á nuestro siglo le caracteriza  
una profunda superficialidad es in-

uestionable; pero no es menos evi-  
dente que para brillar en él se nece-  
site ser hipócritamente instruido.  
Pues de esta sencillísima reflexión  
se deduce el uso de los quevedos.

El matemático incipiente que de-  
sea pasar por nuevo Newton y el  
aprendiz de literato que quiere  
compararse á Horacio hallan un  
medio expedito de disculpar sus po-  
cos años con sus muchos estudios  
colocándose unos quevedos. ¡Han  
trabajado tanto!

La historia de ciertos literatos de  
nuestro tiempo se compendia en  
sus quevedos. Antes de tenerlos se  
arrastraba monótonamente entre  
baladas, sonetos, letrillas y veladas;  
pero tan feliz como casualmente ca-  
veron en sus manos los retratos de  
Sólis, Quevedo y Mesonero Roma-  
nos, y entonces conoció mi hombre  
que la ciencia debía usar aquellos  
instrumentos y fuese derechito y  
sin tropezar en rama á casa de un  
óptico. Pero ¡oh desgracia! el litera-  
to no veía un toro á dos pasos con  
los vidrios graduados y fué preciso...  
¿qué creen ustedes que fué preciso?  
Pues lo fué el hacer unos quevedos  
con cristales naturales, y de este  
modo vemos que los usan hasta los  
niños de doce años. Desde que el  
literato los tuvo, ya se lanzó á ma-  
yor esfera. El drama romántico,  
patibulario y descabellado, el canto  
del asesino, el veneno, fueron ya su  
terreno natural, su centro, y en él  
ha hecho notables todos sus rasgos...  
de tonto. ¡Oh poder de unos cris-  
tales!

¿Ven ustedes aquel otro quidan  
con su levita mugrienta su pantalon  
idem, su baston grueso y su som-  
brero abollado? ¿Veis como inclina  
su personilla? Pues es para no mi-  
rar cara á cara á sus víctimas. Este  
era un usurero del siglo pasado.  
¿Pues ven ustedes este otro que se  
pavonea entre todos y á quien todos  
huyen? ¿No parece la oruga entre

las flores? ¿Y ven ustedes que lleva  
unas gafas verdes? Pues es para mi-  
rar sus víctimas sin que le vean. Es-  
te es un usurero del siglo corriente.  
Pertrechado con ese disfraz que la  
sociedad consiente; para él es car-  
naval todo el año, nadie puede ver-  
le los ojos y se pasea erguido y sin  
necesidad de encorvarse como el  
usurero antiguo. Tal es el poder de  
las gafas verdes.

Las gafas del oficinista son la pe-  
sadilla de los porteros, si son de jefe  
de seccion, y las amigas y protectoras  
de el zapatero si de empleado  
subalterno. Llega el señor don Sim-  
plicio á la oficina, va á firmar y  
por olvido no trae gafas; un repi-  
que de campanilla y orden á raja  
tabla al conserje que comaprece,  
para que en dos saltos se llegue por  
ellas. Y el portero gruñe y pone un  
gesto de vinagre... pero obedece.  
Mas llega don Meliton y al decirle  
su gefe «ponga usted papel, despa-  
charemos este expediente» lo hace  
con el papel, pero al tratar de po-  
nerse las gafas aqui estuvieron, se  
las dejó debajo de la almohada por  
salir de prisa. Y en vano el infeliz  
se prueba todas las gafas de la ofici-  
na, las de el portero inclusive, con  
éstas vé turbio, con aquellas muy  
lejos... y no hay remedio, tiene  
que ir por las suyas.

Las piernas lo pagan, porque vive  
al otro extremo de la ciudad; y  
corre y corre y llega sudoso, y se  
sienta, y no acierta á tomar la plu-  
ma y para colmo de desgracia ¡oh  
dolor! unas botas que estrenó el  
dia anterior han abierto una boca  
de cesante dejando ver un calectin  
sucio cuando lo hay y poniendo en  
el colmo de la desgracia al pobre  
oficinista. Y todo por las gafas!

Las gafas y los quevedos se han  
popularizado tanto como el arte de  
mentir. Usa gafas el sastre, anteojos  
el pisaverde, espejuelos el ama de  
gobierno, lente la coqueta, gafas

